

## El Instituto Pedagógico ante sus detractores\*

CONOCIDOS los antecedentes de los señores Johow, Steffen, Beutell, Lenz, Tafelmacher, Hanssen y Schneider, me propongo dar remate a este trabajo, diciendo cuatro palabras en defensa de la noble tarea que estos profesores han cumplido al servicio de la cultura nacional.

Ante todo, quiero observar con verdadera satisfacción que los más violentos adversarios del Instituto Pedagógico no han sido osados ni a negarle su relevante idoneidad, ni a poner en duda la perfecta corrección de su conducta.

Sea en su carácter público, sea en su carácter privado, ellos han conquistado legítimamente, como profesores y como caballeros, el respeto y la estimación que todo pueblo culto tributa a sus buenos servidores.

Nunca han fallado en el cumplimiento de sus deberes, nunca han incurrido en el menor desliz, ni han pretendido jamás prevalerse de su ascendiente en el ánimo de la juventud para inclinarla en favor de uno u otro partido dentro de la República.

Como hombres de ciencia, han provocado en los órdenes fundamentales del saber humano, investigaciones originales cuyos frutos todos podemos apreciar en las numerosas publicaciones que ellos han hecho.

Hasta hoy había sido muy común que, mediante la acción de compañías de alabanzas mutuas, se formaran en el concepto público reputaciones científicas de hombres que no enseñaban nada como profesores, ni daban a luz nada como autores. En adelante ya sabemos que no tenemos por qué creer en las ciencias ocultas: el que sabe algo lo enseña o lo escribe. Es lo que han hecho los profesores alemanes colaborando en los *Ana-*

les de la Universidad Nacional. Esta sabia y activa colaboración, que se les ha enrostrado como un cargo por la prensa ultramontana, es para toda persona sensata un título de honor, y para los chilenos un motivo de nuevo agradecimiento. A ella se debe principalmente que en los últimos años nuestros *Anales* figuren entre las mejores revistas científicas del mundo.

Como hombres de deber, los profesores del Instituto Pedagógico han cumplido tan puntual, tan exacta, tan honradamente sus obligaciones, que no ha sido menos lo que han educado con su ejemplo a la juventud que lo que han ilustrado con su palabra. Consagrándose por entero a sus investigaciones científicas y a sus tareas pedagógicas, sin curarse de proporcionar el trabajo a la remuneración, han manifestado a los educandos lo que es el sacerdocio laico de la enseñanza y les han habituado al culto desinteresado de la ciencia.

Por de contado, no quiero decir con esto que los profesores alemanes estén sirviendo gratuitamente. Eso no sería posible para ellos ni honroso para el país que no remunerase los servicios que se le prestan.

En las sociedades industriales de nuestros días, la remuneración del trabajo es una necesidad y una ley. Las congregaciones eclesiásticas, que aparentan servir de balde, se hacen pagar en limosnas, mandas y oblaciones, diez veces el precio de su labor.

Lo que digo de los profesores alemanes es que, a pesar de las cláusulas restrictivas de sus contratos, no trabajan a tanto la hora, porque después de aceptar la remuneración que se les ofreció en

\* Artículo publicado en la prensa de la época y reproducido en *La Lucha por la Cultura*, páginas 408-419.

nombre de la República, han consagrado todo su tiempo, sin limitación alguna, al servicio de la ciencia y de la enseñanza nacional.

Por último, como pedagogos, los profesores alemanes han hecho partícipe de su arte a una brillante pléyade de aspirantes al magisterio, han extendido indirectamente el influjo de su enseñanza hasta la porción más animosa del profesorado antiguo, y van preparando así, con la lentitud que las grandes transformaciones requieren, un estado de cultura en que la nación podrá emanciparse de la pedagogía extranjera, sin que la instrucción pública decaiga.

Durante los cuatro primeros años de existencia del Instituto Pedagógico (de 1889 a 1892), se pudo dudar por muchos de la utilidad de su fundación. Aun cuando todos los que habíamos viajado, estudiado, observado, pregonábamos su necesidad, ello es que en Chile es mucho menor de lo que parece el número de los que creen sobre la fe de la palabra ajena. La gran mayoría de los chilenos se compone de adictos al método experimental de ver para creer, y por eso cabalmente se cuentan tan pocos milagros en la historia religiosa de la República.

Desde 1892, las cosas han cambiado: el público no tiene ahora por qué atenerse a la palabra de los organizadores del Instituto para apreciar su utilidad, ni por qué atenerse a los antecedentes de los profesores para apreciar su idoneidad. Una vez decretada la fundación, dictado el plan de estudios y elegido el personal, tocó el turno a los pedagogos contratados; a ellos quedó confiada durante un trienio de silenciosa labor la suerte futura de esta escuela de pedagogía; y hoy, cuando ya conocemos los primeros frutos, alcemos la voz de la gratitud nacional para declarar que los maestros alemanes plantaron, regaron y cultivaron con atención tan solícita el árbol nuevo del profesorado nacional, que se han realizado todas las esperanzas de los que tuvimos alguna parte en la fundación del Instituto Pedagógico.

A fines de 1892, puso él a disposición del Estado treinta jóvenes maestros preparados en sus aulas, y en el curso de 1893, éstos se distribuyeron por toda la República como misioneros de verdad y de ciencia. Al presente, ya se conocen

los frutos de la reforma. En los liceos de Valparaíso, San Felipe, Cauquenes, Chillán, Concepción, etc., los nuevos profesores han rejuvenecido la enseñanza, han inferido golpe mortal al estudio mecánico de la letra y han ensayado con rara fortuna los principios de una metodología más racional, más científica y más educadora.

Desde entonces, a pesar de la predisposición adversa sembrada en el público por la prensa ultramontana, los padres de familia han aquilatado por sí mismos la calidad de la nueva enseñanza y han pronunciado en conciencia, fallo soberano a favor suyo. Ciudades donde hasta hoy las congregaciones de empresarios eclesiásticos habían disputado al Estado con relativa fortuna la educación de la infancia, ven ahora que los liceos nacionales se repletan de alumnos al empezar el año escolar; y en cuanto a los colegios particulares, apenas cuentan con más que con la porción repudiada por los establecimientos rivales.

Para evitar esta reversión en contra de la educación clerical y en favor de la educación nacional, han sido vanos todos los esfuerzos de la prensa ultramontana: sus exageraciones alarmistas, sus reticencias calumniosas, sus embustes fraguados *ad hoc* se han desvanecido al contacto de la realidad; y como resultado final, todos los padres de familia a quienes el fanatismo no ha suprimido las entrañas, han tratado de substraer sus hijos a la enseñanza malsana y antisocial de los jesuitas.

Por de contado, cuando hablo de enseñanza nueva, no quiero decir que antes de la fundación del Instituto Pedagógico careciéramos en absoluto de algunos profesores buenos. Tampoco podría sostener que antes no se había practicado por nadie en ningún colegio, tal o cual método recomendado por la pedagogía. Pero sí digo y sostengo que los buenos profesores eran muy raros y que no era general el empleo de los buenos métodos. Aún agregaré que no conozco ni un solo catedrático chileno de nota que haya mostrado idoneidad en el desempeño inicial de sus funciones. Sin excepción alguna, los pocos maestros buenos que hemos tenido en la enseñanza

secundaria, se han formado a costa de varias generaciones de alumnos.

Por falta de conocimientos y sobra de ignorancia, muchos se imaginan que el cambio de los métodos didácticos es mera consecuencia del cambio de plan de estudios y que si se renuncia a la enseñanza concéntrica, *ipso facto* se renuncia a vía inductiva. Es éste un error sin justificación posible. Tan necesario era cambiar de métodos bajo el imperio del plan antiguo como lo es bajo el imperio del plan nuevo, porque no es menos indebido enseñar mal un ramo cuando está encuadrado en una asignatura general que cuando forma por sí solo una asignatura especial.

En cuanto mi observación personal me ayuda, puedo decir que el público confunde en una sola dos reformas trascendentales que se van realizando a impulso del Consejo de Instrucción Pública: una en el plan de estudios, que consiste en substituir asignaturas generales a las asignaturas especiales, y otra en los métodos de enseñanza, que consiste en cambiar la vía deductiva por la inductiva. De ambas, la más fácil es la ordenación de los estudios, que se puede alterar por obra de simple decreto gubernativo; y la más difícil, la reforma didáctica, que no se puede realizar sin la ayuda de un profesorado especialmente adiestrado. En cuanto a su trascendencia, yo que soy partidario de ambas reformas, daría los seis años de enseñanza concéntrica por un solo año de enseñanza inductiva.

Ahora bien, suponiendo que se reaccionara contra el plan de estudios concéntricos, eso no implica que también se reaccionara contra el método inductivo. Cualquiera que sea el plan de estudios, la instrucción se debe adquirir con arreglo a los principios del arte pedagógico; y una vez que se gustan los frutos de la enseñanza racional, no hay peligro de que se torne al sistema jesuíta de los estudios de memoria. Por tanto, si el Instituto Pedagógico es sobremanera útil para facilitar la transición del antiguo al nuevo plan de estudios, es absolutamente indispensable para cambiar los métodos de la enseñanza.

Fué principalmente para esto, fué para generalizar el conocimiento del arte pedagógico para lo que se fundó la nue-

va escuela superior, porque se pensó con mucha discreción que todo aspirante a un cargo docente debe adquirir la idoneidad que le habilite para enseñar antes de recibir el nombramiento que le autorice a desempeñar sus funciones. ¿Habrá persona de razón capaz de sostener en conciencia que al obrar así no se ha consultado el interés de la cultura nacional?

No obstante esto, no obstante la manifiesta utilidad del Instituto Pedagógico, la prensa ultramontana ha emprendido la tarea de derribarlo para impedir el mejoramiento de la instrucción pública; y como quiera que sin negar la evidencia, no podría negar la excelencia de su enseñanza, ha descargado sus golpes sobre la nacionalidad de los profesores.

Al efecto, se ha empeñado en suscitar la rivalidad, el odio y la envidia de los profesores nacionales contra estos profesores extranjeros, que sin valer más (dice), gozan remuneraciones tres o cuatro veces mayores. Después de haber deprimido sistemáticamente durante largos años el profesorado chileno, aparece de repente pregonando sus méritos hasta equipararlo con los mejores pedagogos del mundo, cuales son los alemanes. Es ésta una obra de zapa, muy propia de una secta caduca que por haber agotado sus ideales ha cuatro siglos, no sabe ya hablar a las facultades superiores y a los sentimientos nobles de los hombres, y para ver de moverlos, tiene que dirigirse a su egoísmo, a su vientre y a sus más bajas pasiones.

Acepto que los unos no valgan más que los otros; pero eso no quiere decir que los profesores alemanes ganen mayor remuneración que la que merecen; sólo quiere decir que los profesores chilenos ganan una menor que la que les corresponde. El remedio de la desigualdad no está en cercenar la justa remuneración que se paga a los unos, sino en aumentar la muy miserable que se paga a los otros. Esto es lo que desde años atrás se ha propuesto por el Consejo, por el Gobierno y por muchos liberales que querrían constituir en Chile la carrera del profesorado; y esto es lo que han estorbado por medios dilatorios los mismos que intentan hacer a los profesores extranjeros responsables y víctimas de esta desigualdad remuneratoria desdo-

rosa para los chilenos. Puesta hoy la prensa ultramontana a la cabeza de la cruzada contra la desigualdad, es indispensable que declare desde luego cuáles son sus propósitos: si reducir todos los sueldos a la miseria, o igualarlos a todos en la justicia.

Con el mismo propósito de excitar pasiones, la prensa ultramontana ha formado la lista de los veinte o veinticinco profesores alemanes que funcionan en la República, y de seguida ha lanzado grito estrepitoso de alarma ante el fantástico peligro de la germanización del pueblo chileno.

Los que así quieren exhibirse como celosos guardianes del sentimiento nacional, son los mismos que arrancan a sus hijos de los liceos del Estado para confiarlos a frailes extranjeros que predicán contra la república y la democracia, en favor de la monarquía y el carlismo. Son los mismos que desde los albores de la independencia vienen persiguiendo a Mora, a Courcelle Seneuil, a Petit, a Thévenot, a Christen, a Nogués, a Lataste, esto es, a todos los extranjeros de todas las nacionalidades que nos han prestado el contingente de su saber y de sus esfuerzos para desarrollar la cultura liberal de la República. Son los mismos que día a día befan y escarnian a los más distinguidos miembros del profesorado nacional, cuya defensa oficiosa aparentan haber tomado esta vez a su cargo. Son, en fin, los mismos que están empeñados en romanizar la nación, negando la comunión a todo chileno que no se declara romano, aun cuando crea y profese todo lo que la Iglesia manda creer y profesar. De estos antecedentes ¿quién no inferirá cuáles son los designios reales de los cruzados antigermánicos? Lo que realmente intentan contrarrestar por medio de ridículas alarmas no es la germanización del pueblo chileno; es su ilustración.

A los maestros alemanes no se les ha escapado hasta hoy, que yo sepa, ni una sola palabra que revele el maquiavélico designio de convertirnos en súbditos del emperador Guillermo. Ni hay noticia de que chileno alguno educado por ellos haya dejado su hogar, su patria y la República para irse a servir de acólito, de zuaivo, o *garde-du-corps* en la corte imperial de Berlín. En realidad, los únicos

extranjeros que hasta hoy han intentado amortiguar el patriotismo de la juventud son aquellos que la educan en la doctrina de que debe amar a la Roma papal más que a la patria y éstos, agentes de la reacción, industriales aunados para explotar el sentimiento religioso de las madres chilenas, no tienen asiento en el Instituto Pedagógico de Chile.

Pero, pregunta la prensa ultramontana, si se reconoce que hay sabios profesores de nacionalidad chilena, ¿por qué no se les confió la enseñanza del Instituto Pedagógico? Por una razón muy sencilla: porque una cosa es saber, otra saber enseñar, y otra saber enseñar el arte de enseñar. En Chile teníamos muchos profesores que conocían a fondo sus asignaturas; pocos, muy pocos que supieran enseñarlas, y ninguno, absolutamente ninguno, que hubiera mostrado idoneidad para formar maestros con arreglo a los preceptos de la pedagogía científica.

De consiguiente, cuanto más vivo sea nuestro sentimiento nacional, mayor debe ser nuestro empeño para sostener a los pedagogos alemanes, porque sin ellos no lograríamos en muchos años formar un cuerpo de profesores chilenos que baste a satisfacer tanto las necesidades de la enseñanza pública como las de la enseñanza particular.

Es verdad que con mayor tardanza podríamos formarlos también instituyendo becas en Europa. Pero, prescindiendo de que los mismos ultramontanos que las proponen en la prensa niegan en el Congreso los fondos para instituirlos, ¿quién ha dicho que ambos medios sean recíprocamente incompatibles y excluyentes? Sin duda, es más digno de un pueblo culto que el Estado mantenga una institución propia, donde el personal docente se forme bajo su mano, inspirado por el espíritu nacional, influenciado por las tradiciones populares. Mas, si se quiere apresurar la nacionalización del profesorado, ¿por qué no fundaríamos algunas becas en algunos institutos pedagógicos de Europa, especialmente en Francia, Suiza y Alemania? La institución de las becas completaría la obra de nuestra escuela superior de pedagogía, y no por eso serían menos indispensables, mientras tanto, los servicios de los profesores alemanes.

Siendo así las cosas ¿cómo explicar la irritación con que la prensa ultramontana pretende manchar con su saliva envenenada a estos meritorios servidores de la nación? De una manera muy sencilla.

En primer lugar, el gran mejoramiento realizado en la enseñanza pública a impulso de ellos, pone en descubierto y en bancarrota la enseñanza mecánica de los jesuitas, y trae consigo un considerable decrecimiento en las ganancias de las varias empresas teocráticas de educación establecidas en Chile merced a las condesciencias y a la cobardía de los gobiernos.

En segundo lugar, formando un buen profesorado nacional, ellos forman en realidad una fuerza moral que, por su propia virtud, está destinada en Chile, como en todo pueblo culto, a contrarrestar y suplantar las influencias reaccionarias. Es el efecto mecánico e incontrastable de la propagación de la ciencia.

En tercer lugar, hay una causa psicológica más profunda, pero no menos palpable. Es de regla que los que ordinariamente viven humillados respecto de unos, se desquiten gastando insultante altanería para con aquellos a quienes juzgan inofensivos; y en este caso se encuentran los insultadores ultramontanos.

Para ellos son santísimos Padres todos los Papas, desde el egregio y virtuoso León XIII hasta el depravado y envenenador Alejandro VI; y el justo, austero, sabio e inflexible don Rafael Valentín Valdivieso fué tan ilustrísimo y reverendísimo como un obispo ignorante y afeminado, que predica la pobreza vestido de seda y piedras preciosas, que para dar ejemplo de templanza no bebe coñac más que de a cien pesos botella, y que manda encender velas a las ánimas benditas para precavernos del cólera. Esto lo que quiere decir es que lo que respetan en los hombres no son sus cualidades morales; es su traje talar.

¿Qué mucho es entonces que para indemnizarse de estas formas adulatorias befen, ultrajen y escarnezan a la ciencia, a la virtud, a la abnegación, a todo lo que hay digno de amor y de respeto para los que no estamos obligados a tales humillaciones?

Pero no temen los meritorios maestros a las iras teocráticas. La espada flamígera del anatema quedó para siempre mellada en el siglo XVI. Mientras no se desvíen de la línea recta; mientras procedan con la circunspección que han demostrado hasta hoy; mientras no se les pueda imputar más crimen que el de haber puesto su saber al servicio de la República, vivan confiados en que los alarmistas ultramontanos no conseguirán mixtificar más que a los tontos, y en que el pueblo chileno no les negará ni su justicia ni su reconocimiento. Cuarenta años ha, cuando la reacción parecía ser omnipotente, el sabio y virtuoso doctor Philippi era mucho más encarnizadamente hostilizado; se huía de él más que de la peste, y para irritar contra él a los fanáticos se le suponía, a pesar de sus protestas y de sus enseñanzas, adepto al darwinismo. No obstante estas persecuciones, el sabio maestro, que sin ser filósofo ha tenido mucha filosofía, constituyó a firme su hogar en el suelo de Chile, renunció a la esperanza de regresar a la tierra de Humboldt, de Goethe y de Bismarck, y, si no estoy mal informado, mandó construir su sepultura en el cementerio de Santiago. Imíténle sus jóvenes compatriotas y continuadores; imíténle todos los maestros extranjeros que esforzadamente nos están ayudando a salir del antro de ignorancia en que la teocracia nos ha tenido enclaustrados; y cuando lleguen también a la edad de ochenta años, se verán como él, acariciados por el amor de un pueblo agradecido.

#### Concluyo.

Tal cual está montado el Instituto Pedagógico, con su dirección a cargo del distinguido educacionista don Domingo Amunátegui Solar, con su enseñanza encomendada a los señores Beutell, Hansen, Johow, Lenz, Nercasseau Morán, Schneider y Tafelmacher, es un establecimiento que ha causado admiración a ilustres pedagogos extranjeros y que honra sobremanera a sus fundadores y a la República.

Hacia muchos años que en Chile no se fundaba una institución tan bien organizada y con un personal tan idóneo. Merced a un conjunto de circunstancias esencialmente ocasionales, la nueva es-

cuela se instaló con seis maestros alemanes de excepcional competencia; y si mañana intentara cualquier Estado americano fundar una semejante, difícil, muy difícilmente encontraría un cuerpo de profesores capaz de competir con el nuestro.

En suma, para todos los chilenos, defender el Instituto Pedagógico es defender uno de los agentes más poderosos de la cultura nacional, y suprimido es imposibilitar la formación del profesorado chileno, es hacernos perpetuos tributarios de la pedagogía extranjera.